

Habiendo fallecido el emperador de Alemania en 1619, podía muy bien don Felipe haber hecho valer sus derechos á la corona; pero contentándose con proteger las pretensiones de Fernando de Graz, le ayudó con sus tropas á subir al trono, á tiempo que el duque de Feria se apoderaba de la Valtelina en 1620. Por último las armas españolas triunfaron de las holandesas cerca de las islas Filipinas, destruyendo completamente una escuadra que se dirigía contra las islas Molucas, donde se había clavado otra vez el pendon de Castilla, y don Luis Fajardo se apoderó de Mármora cerca de Tánger, con lo que don Felipe creyó llegaría á gozar de una completa tranquilidad; pero acometido de una fiebre lenta, que nada bastaba á cortar, y habiendo hecho sin fruto un viaje á Lisboa para curarse, falleció el 31 de marzo de 1621, á los 43 años de edad y 23 de reinado. En sus últimos momentos manifestó cuán arrepentido estaba de haber sido tan indolente y descuidado, y murió lamentando no poder enmendar los yerros de su negligente administración.

FELIPE IV, del matrimonio de Felipe III con Margarita de Austria, nació en 1605, y á los diez y seis años de edad se halló heredero del trono de San Fernando. Si desastroso había sido para España el reinado de su padre, todavía lo fué mas el suyo, merced al favoritismo que gozó don Gaspar de Guzman, conde-duque de Olivares, quien tuvo largo tiempo ignorante al monarca de los reveses que se espermentaban, adormeciéndole en los placeres para conservar su poder. La necia adulación de este valido hizo que el rey se adornase del sobrenombre de *Grande* aun antes de que hecho alguno viese á justificar tal dictado; y aun cuando no le faltasen cualidades para haber llegado á merecerle, es lo cierto que, alejado completamente de los negocios, la afición á las letras y al cultivo de la poesía fueron casi su ocupación esclusiva. Su reinado, durante el cual las conmociones intestinas alternaron con las guerras extranjeras, fué en cierto modo resultado del pernicioso sistema de gobierno que le habían legado sus predecesores. Por lo demás, avaro y dotado de un corazón generoso, habría podido Felipe ser un buen rey, á haberse ocupado de los asuntos del Estado. Pero entretenido en sus placeres y en sus tareas literarias, pues bajo el seudónimo de un *ingenio de esta corte* compuso é hizo representar varias comedias, puede decirse que no ejerció el poder real mas que en el palacio del Buen Retiro, donde reunía á los mas distinguidos poetas y artistas de la época. En cuanto á lo demás, el ministro Olivares gobernaba el Estado á su voluntad, y aun cediendo al error de sus antecesores quería también dirigir la guerra desde su gabinete. Así fué como concibió el proyecto de reducir á la obediencia á las provincias holandesas y afirmar la influencia de la casa de Austria sobre toda la Europa; pero Richelieu, el célebre ministro de Luis XIII, se opuso á tan vastos proyectos, pretendiendo para la Francia lo que para España ansiaba Olivares conseguir. Surgió de aquí una guerra fatal entre ambas potencias, aun cuando durante ella consiguió el marqués de Espínola brillantes triunfos. El mas notable de ellos fué el arrojó con que al recibir la orden del conde-duque concebida en estas palabras:

«Tomad á Breda,» se dirigió á atacarla, y venciendo multitud de obstáculos, se apoderó de ella en 1621, contestando al ministro: «En Breda ondea ya el pabellon español.» Pero á pesar de que esta victoria cortó una sublevación que intentaban las provincias belgas, no fué bastante á impedir que al año siguiente se firmase por la corte en Monzon un tratado por virtud del cual se dejó la Valtelina en poder de los Grisones. La muerte de la archiduquesa, gobernadora de los Países Bajos, dejando por heredero al rey de España, y la prisión del elector de Tréveris, llevada á efecto por mandato de aquel, fueron causas que ensangrentaron la guerra con la Francia; y aun cuando las Cortes celebradas en Castilla, Aragon y Valencia votaron amplios subsidios de hombres y dinero, y la nobleza y el clero hicieron cuantiosos donativos equipando varios regimientos á su costa, como la mayor parte de aquellos fondos se malgastaron en sarros y placeres que disponia el valido para distraer la atención del monarca, no pudo impedirse la pérdida del Artois y gran parte del Milanesado. Era ya tan apurada la situación de las cosas públicas, que no faltó quien hiciese saber á Felipe algo del verdadero estado de la nación; y aunque todavía no fué lo suficiente á separarle del valido, le hizo volver sobre sí, y con sus órdenes se dió impulso á la guerra. El cardenal Infante, gobernador de Flandes, penetró en la Picardía y se apoderó de muchas plazas importantes; el duque de Lorena asoló la Borgoña; el almirante de Castilla penetró en Francia por San Juan de Luz, ocupando y saqueando cuantos pueblos encontró al paso; y por último, el marqués de Leganés arrojó á los Franceses del Milanesado, devastó los estados de Parma y Plasencia, cubriéndose de gloria en el Piemonte y llegó á hacerse dueño de cuantas plazas halló á su paso hasta Turin. Pero la guerra se dilataba con fortuna varia, y haciéndose cada vez mas gravosos los sacrificios de todo género que se exigían á los pueblos, llegó á tanto la dureza del conde-duque para con algunas provincias y era tal su tiranía, que la Cataluña toda se levantó en masa al quererle imponer la obligación de abastecer las tropas, declarándose independiente de la Francia en 1640. Con el auxilio de esta potencia sostuvo una guerra desesperada y sin tregua rechazando los ataques del marqués de Velez; pero asistiendo el mismo rey á sitiar á Lérida, se apoderó de la plaza, y bloqueada después Barcelona, hubo de rendirse en 1652 al ejército real mandado por el marqués de Montura y Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, que arrojó después á los Franceses de Gerona. Posteriormente los volvió á batir en varios encuentros, hasta que pacificada la Cataluña, se restituyeron á Castilla por el tratado de los Pirineos, ajustado en 1659, las pocas plazas que aun retenía la Francia. La insurrección de Sicilia y Nápoles pudo también ser muy grave; pero habiendo acudido en tiempo el virey duque de Arcos y don Juan de Austria, atajaron la rebelión apasionando á su jefe el duque de Guisa, y se restableció la tranquilidad. No fué tan afortunado este caudillo en Portugal. Una orden del conde-duque para que la nobleza acudiese en 1640 á la guerra de Cataluña sirvió de pretexto para sacudir el yugo, siempre odiado, de la dominación

castellana. Proclamado rey el duque de Braganza, bajo el nombre de Juan IV, y auxiliado por la Francia y Holanda, fueron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para reducir á la obediencia estas provincias. Derrotadas las tropas españolas en Estremoz, y vencidas en Montes-Claros, junto á Villaviciosa, por el mariscal de Schomberg y el marqués de Marialva, se conoció la dificultad de la empresa; y aun cuando la caída del conde-duque, que tuvo efecto en 1643 por el clamor unánime de los pueblos, hizo subir al poder á don Luis Haro de Guzman, que prestó al rey alguna energía, obligándole á tomar parte en la guerra de Cataluña; con todo, habiendo fallecido este ilustre ministro en 1661, después de cuya época ocurrieron los reveses de Portugal, se comprendió la necesidad de negociar la paz. Habíase acordado esta en 1660 con la Holanda, reconociendo su independencia y devolviéndose por ella las posesiones españolas que había conquistado: el tratado de los Pirineos la asentó con Francia, y entabláronse negociaciones de potencia á potencia en Portugal. Mas durante ellas, el rey, que con la noticia de la derrota de Villaviciosa recibió un golpe aterrador, no pudo hacerse superior á su dolor; víctima de tantas desventuras, falleció en 17 de setiembre de 1665, á los sesenta y un años de edad, y cuarenta y cuatro de reinado.

FELIPE V. El testamento de Carlos II llamaba al trono de las Españas á Felipe, hijo del Delfín de Francia y de María Ana de Baviera, nieto del gran Luis XIV. Nacido este príncipe en Versalles en 1683, tenía el título de duque de Anjou, cuando el 2 de octubre de 1700, en cumplimiento á la regia voluntad del último monarca austríaco, fué declarado rey de España en Fontainebleau. Aun cuando proclamado también el 24 de noviembre en Madrid, donde hizo su entrada el 14 de abril de 1701, no pudo sin embargo considerarse verdaderamente rey de España, hasta que con su valor y después de una guerra de doce años terminada por el tratado de Utrecht, se halló dueño pacífico de todo el territorio español. Habíale reconocido al momento el papa, los reyes de Inglaterra, Portugal y Dinamarca, la Holanda y Baviera; pero como el emperador de Austria no desistió de sus pretensiones, acudió á las armas para hacerlas valer, y no tardaron en unirse á él la Inglaterra y la Holanda, que temían el engrandecimiento de la casa de Borbon, por medio de un solemne tratado llamado de la grande alianza, concluido en La Haya en este mismo año. La campaña se inauguró por su parte batiendo á los Españoles y Franceses en Chiari y Carpi, y sorprendiendo á Cremona. Mandaba el ejército imperial el príncipe Eugenio de Saboya, uno de los mejores generales de la época, y activo al par que osado, pasó á sitiar á Mantua, que se hallaba harto apurada; pero Felipe, que á nadie cedía en valor, después de haber celebrado en 1702 su casamiento con la hija del duque de Saboya, le dejó encomendado el gobierno con el cardenal Portocarrero, y acudió á Italia para oponerse al célebre adalid de la causa imperial. Su llegada fué la señal inmediata de una importante victoria, en que el ejército español-francés, dirigido por el rey y el duque de Vandome, batió en Luzara á los Imperiales, apoderándose de esta plaza y la de

Godstala, después de haber recuperado parte del Milanesado. Pero habiéndose presentado en las costas de Andalucía una escuadra enemiga y obtenido algunos triunfos, que se extendieron después á las de Galicia, cogiendo en el puerto de Vigo un inmenso botín en dinero y bajeles, fué necesario que don Felipe volviese á España. Ya á este tiempo se habían unido al imperio, vendiendo la causa española, los soberanos de Portugal y Saboya, y cediendo el emperador sus derechos en el archiduque de Austria, que había sido reconocido en Viena rey de España con el nombre de Carlos III. Fuerte con este título y apoyo de todas las potencias europeas, excepto la Francia, no dudó el archiduque venir en persona á reclamar sus derechos. Dirigióse para ello á Lisboa en 1704 con una poderosa escuadra, la que después de desembarcarle con sus tropas, marchó sobre Barcelona, y rechazada, fué á atacar á Gibraltar, de cuya importantísima plaza se apoderó. Pero Felipe reunió su ejército al mando del duque de Berwick y atacó el Portugal, tomando muchas plazas, al paso que el marqués de Villadarias le invadía con otro cuerpo de tropas llevando todo á sangre y fuego. En tanto el archiduque se dirigió con una escuadra inglesa á Valencia, donde desembarcó declarándose á su favor todo el país en 1700. Lérida y Tortosa se le entregaron; el terror le hizo dueño de Cataluña; Barcelona capituló, y la defección ó las armas le enseñorearon también del Aragon. En vano fué que Felipe acudiese á socorrer á Barcelona á principios del año siguiente, pues hubo de retirarse; é invadida á este tiempo la Estremadura por un cuerpo de cuarenta mil Ingleses y Portugueses que arrolló cuanto se opuso á su paso, se vió el rey en la necesidad de retirarse á Burgos, entrando por consiguiente los aliados en Madrid, donde se proclamó solemnemente al archiduque, aunque sin la menor concurrencia de la población. A este desastre siguió el de la traidora entrega de la escuadra surta en Cartagena, que puso en poder de los aliados el conde de Santa Cruz; pero no amedrentándose con esto el animoso corazón de Felipe, llamó á las armas al pueblo, que ya tanto le quería, se organizaron fuerzas llenas de decisión y entusiasmo, y antes de espirar el año, entraba triunfante en Madrid, donde se le recibió en medio de universales aclamaciones. Desde entonces la fortuna empezó á proteger las armas de don Felipe, que obtuvieron señalados triunfos en los años siguientes, y aun cuando en 1709 y 1710 lograron ventajas los imperiales llegando el archiduque hasta Madrid, donde entró en medio de un silencio sepulcral, por fin la victoria se decidió por las armas de Felipe en los campos de Brihuega y Villaviciosa. A estos triunfos se siguió la rendición del Aragon, á cuyos naturales se les quitaron en castigo sus fueros, y la de casi toda la Cataluña. El archiduque fué llamado á poco al solio imperial por muerte de su hermano; su ausencia, unida á los reveses experimentados, facilitó el curso de las negociaciones abiertas el 29 de enero de 1712 en Utrecht, y cuyo resultado fué el que se firmase la paz en abril de 1713, reconociendo á Felipe como rey de España, si bien bajo la renuncia expresada de sus derechos al trono de Francia, cuya corona por ningún título había de

unirse á la de Castilla en lo sucesivo, y otros artículos que no es del caso mencionar. En el intervalo de estas conferencias obtuvieron los Españoles la victoria de Denain, y se reunieron las Cortes de Madrid, donde se sancionó la ley Sálica el 10 de mayo de 1713. Solo quedaba á la sazón por reducir á Cataluña; pero abandonada por los imperiales, y á pesar de su tenaz resistencia, fué poco á poco sucumbiendo á las tropas reales, siendo abolidos sus fueros y privilegios después de conquistada Barcelona. En 1515 se ocuparon también las islas Baleares, con lo que España entera quedó tranquila. Libre de los azares de la guerra, pudo don Felipe dedicarse á trabajar por el bien de sus pueblos; pero la muerte de su esposa le abismó en tan honda melancolía, que resignó la dirección de los negocios públicos en manos de su ministro el cardenal Giudice, y se entregó en los brazos de la célebre princesa de los Ursinos. Pero habiendo contraído nuevo enlace con la princesa Isabel, heredera de los estados de Parma y Plasencia, fué destruida la de los Ursinos, cayó Giudice y ocupó su puesto Alberoni, que luego obtuvo también el capelo. Los deseos de distinguirse que tenía el nuevo ministro, le impelieron á conquistar la Cerdeña, de que se apoderaron los Españoles, originando con esto una triple alianza en su contra de la Francia, la Inglaterra y la Holanda, que paralizó las operaciones ya dirigidas sobre la Sicilia. Durante la guerra que surgió de estos acontecimientos, fué batida la escuadra española por la inglesa á la altura de Siracusa, perdiendo veinte y tres buques de alto bordo; pero las tropas de Felipe destruyeron en Sicilia á las imperiales delante del Melazzo, si bien fueron después rechazadas con el refuerzo de doce mil Alemanes que acudieron en su auxilio. Los Franceses tomaron el castillo de San Sebastian, y este revés unido á los de Sicilia, ocasionó la caída de Alberoni y la paz acordada en 1720, firmada al año siguiente por el casamiento de la hija del duque de Orleans con el príncipe de Asturias. Todo hacia esperar un largo y próspero reinado á don Felipe, cuando con asombro general se le vió renunciar la corona en favor de su hijo primogénito don Luis en los primeros días de 1724, retirándose con su esposa al real sitio de San Ildefonso, donde había mandado construir un magnífico palacio y jardines suntuosos. El bello carácter de don Luis I presagiaba mucha ventura para el trabajado reino, á cuyo frente le colocara la abdicación de su padre, al paso que su hermano don Carlos había sido investido el año antes por el papa con la soberanía de los ducados de Parma y Plasencia por muerte del gran duque de Toscana. La paz empezaba á dar sus frutos y la recta administración del joven monarca le atraía las bendiciones de sus súbditos, cuando fué arrebatado en la flor de su vida por una erupción de viruela maligna á los diez meses de haber cenido á sus sienes la corona de Castilla. Tan impensada desgracia llamó otra vez al trono á don Felipe, que se entregó con mas cuidado que nunca á la dirección de los negocios públicos. En 30 de abril de 1725 ajustó la paz con el imperio por medio del baron de Ripperdá, que en premio fué nombrado duque y ministro de Guerra, Marina y Hacienda. Mas su favoritismo acabó en breve, siendo exonerado y con-

ducido preso al alcázar de Segovia, de donde al fin se evadió. El sitio de Gibraltar por los Españoles, y la poco honrosa rescisión del matrimonio del rey de Francia con la infanta de España, cuyo verdadero objeto era atajar la preponderancia de la España y el Austria reunidas, dieron lugar á serias desavenencias, cuyos progresos pudo atajar el cardenal Fleuri con su avenidor carácter, asentando en 1727 las bases de una pacificación general. Al año siguiente se concertó el casamiento del príncipe don Fernando y doña Bárbara de Portugal, con cuyo motivo quiso don Felipe abdicar á la corona; pero habiéndole hecho desistir de este proyecto, siguió al frente del gobierno, y en 1729 firmó un tratado con la Inglaterra, la Francia y la Holanda, por el que aseguró los estados de Toscana, Parma y Plasencia para su hijo don Carlos, de los que se posesionó al fin este príncipe en 1731 por fallecimiento del gran duque Antonio Farnesio sin dejar sucesión. Habiendo obtenido el papa la décima de las rentas eclesiásticas, llevó don Felipe la guerra al África, donde el conde de Montemar se apoderó en 1732 de Mazazquivir y Oran, subyugando al fin á los Moros. En tanto el Austria seguía hostil á los planes de don Felipe, por lo que el infante don Carlos, ya duque de Parma, marchó en 1734 con treinta mil Españoles al mando de Montemar, á conquistar el reino de Nápoles sobre el que pesaba el yugo imperial. El júbilo con que fué recibido se aumentó luego al saber la cesion que en su hijo hizo don Felipe de todos sus derechos á aquellas provincias, de las que le autorizaba á coronarse rey. Sus armas triunfaron en todas partes, y en 1738 el papa le otorgó la investidura de rey de los Dos Sicilias, al paso que hacia cardenal y arzobispo de Sevilla al infante don Luis, niño de ocho años, accediendo á los ruegos de don Felipe. En este intermedio falleció el ilustrado ministro don José Patiño, de cuya administración quedará siempre grata memoria en España, y se erigió en Madrid la real Academia de la Historia. Las disputas sobre los límites de la Florida y la Carolina en 1735 degeneraron en una guerra sangrienta entre Inglaterra y España, dirigiendo aquella sus fuerzas contra las posesiones americanas. Durante esta lucha ocurrió la batalla naval que en 1741 ganaron los Españoles, humillando el pabellon inglés y batiendo su escuadra de cuarenta y cinco buques con doce navios. Al propio tiempo otra nueva colisión se declaró en Italia, donde el rey quería establecer á su hijo Felipe como príncipe soberano de la Lombardia y Saboya; pero á pesar de los varios triunfos conseguidos, los Españoles hubieron de ceder al fin de su empeño, no sin gloria de Montemar y el conde de Gages que sucesivamente los acudillaron, tanto por los desastres que al fin espermentaron, como por la repentina muerte del rey, acaecida en 11 de julio de 1746 por efecto de un accidente apoplético. Tenía á la sazón Felipe V sesenta y dos años, y en los cuarenta y cuatro de su reinado, siempre en lucha abierta, siempre acosado de guerras, consiguió disciplinar el ejército, crear una marina, de que se carecía, reformar los tribunales, mejorar la administración pública, asentando el omnímodo poder del trono, y dando de este modo vida á las artes y ciencias, que bajo su am-

para alcanzaron alto lustre con la institución de la Real Biblioteca, el Seminario de Nobles Artes y las Academias española y de la Historia, y sin otros muchos monumentos de su regia liberalidad.

3. VARIOS PERSONAJES.

FELIPE (SAN), uno de los doce apóstoles, nació en Betsaida en Galilea, fué uno de los primeros llamados por Jesús, y le siguió hasta el jardín de las Olivas después de la huida del Espíritu Santo; fué á predicar el Evangelio á la Frigia, donde murió hacia el año 80, de una edad avanzada. Su fiesta se celebra el 1.º de mayo con la de Santiago el menor.

FELIPE (SAN), diácono, uno de los siete discípulos que los apóstoles escogieron para desempeñar las funciones de diácono. Después de la Ascension de Jesucristo predicó el Evangelio en Samaria, donde hizo muchas conversiones. Murió en Cesárea en Palestina hacia el año 70. Se le celebra el 6 de junio.

FELIPE NERI (SAN). Véase NERI.

FELIPE (SAN), mártir, padeció el martirio por la fe católica en Alejandría el día 13 de setiembre del año 304. Su cuerpo fué sepultado en Nitra, una de las soledades de Egipto.

FELIPE, infante de España, duque de Parma, hijo de Felipe V y de Isabel Farnesio, nació en 1720, á la edad de 18 años casó con Luisa Isabel de Francia, hija de Luis XV, y se distinguió en la guerra de 1742 contra las tropas de Austria y de Cerdeña. Esta guerra tenía por objeto procurar á este príncipe un establecimiento en Italia. Después de siete años de una obstinada y sangrienta lucha sostenida por la Francia y la España, Felipe logró entrar en posesión de los ducados de Parma, Placencia y Guastala, en virtud del tratado de paz de Aix-la-Chapelle, que se celebró en 1748 por la cesion que hizo de ellos la reina de Hungría, bajo la condicion de devolverse á su familia en defecto de sucesion masculina del infante, el cual tomó posesion de sus estados en 7 de marzo del mismo año. Nada omitió don Felipe para hacer la felicidad de sus súbditos señalándose por su beneficencia, haciendo prosperar la agricultura, el comercio y las artes. Este príncipe murió de viruelas en Alejandría en 17 de julio de 1765. Su esposa había muerto seis años antes de la misma enfermedad en Versalles.

FELIX (SAN), nació en Calatayud y predicó por todas partes el Evangelio en compañía de una hermana llamada Regula. Fueron presos por orden de Marco Aurelio, que mandó ponerlos en unas parrillas, hizo que bebiesen plomo derretido y finalmente degollarlos el día 11 de setiembre del año 253.

FELIX (SAN), obispo de Metz, combatió con los herejes varias veces y siempre salió con la victoria propia de su extraordinaria elocuencia. Murió el día 21 de febrero del año 482. El Señor se ha dignado hacer célebre su memoria por la multitud de milagros que ha verificado por la intervencion de su siervo.

FELIX I (SAN), papa (269-274). En tiempo de su reinado fué turbada la paz de la Iglesia por la herejía de Pablo de Samosata y perseguida por el emperador Aureliano. Apoyó á los fieles, los animó á soportar las persecuciones y á sufrir el martirio; también él estaba dispuesto al sacri-

ficio; pero murió en una prision. La Iglesia sin embargo le considera como mártir, y celebra su fiesta el 30 de mayo.

FELIX II, antipapa, antes archidiacono de la Iglesia romana, fué elevado á la Santa Sede por el emperador Constancio durante el destierro del papa Liberio, en 355; pero habiendo vuelto este á Roma tres años después, Félix fué espulsado de esta ciudad.

FELIX III, papa, nació en Roma, fué elegido en 483, rechazó el edicto de union de las dos iglesias, publicado por el emperador Zenon; condenó á Acacio, obispo de Constantinopla y á otros muchos herejes, reunió un concilio en Roma en 487, y murió en 492.

FELIX IV, papa, natural de Benevento, fué elegido en 526 por la proteccion de Teodorico; gobernó sabiamente y murió en 530.

FELIX V, papa, elegido por el concilio de Basilea en 1440, era duque de Saboya y había gobernado largo tiempo sus estados bajo el nombre de Amadeo VIII.

FELIX DE VALOIS (SAN). Véase VERMANDOIS (HUGO DE).

FELIX, prócónsul ó gobernador de la Judea por los Romanos hacia el año 53 de Jesucristo, hermano de Palas, libertado de Claudio, casó con Drusila, princesa judía, hija del anciano rey Agripa I. Delante de esta compareció san Pablo en Cesárea. Tuvo preso al apóstol por complacer á los Judíos.

FELIX, obispo de Urgel en el principado de Cataluña, amigo de Elipando, arzobispo de Toledo, sostenía como este que Jesucristo no era mas que hijo adoptivo de Dios. Este error fué condenado por los concilios de Narbona y otros en 794. Fué Félix depuesto de su obispado por el último concilio verificado en Roma (799), y desterrado á Leon, desde donde dirigió á sus diocesanos una carta que contenía la abjuracion de su error; aunque algunos escritores aseguran que perseveró en él hasta su muerte.

FENELON (FRANCISCO DE SALIGNAC DE LAMOTHE), nació en 1651, en el castillo de Fenelon en Quercy, de una familia noble y antigua; fué destinado muy joven al estado eclesiástico, y predicó á la edad de 15 años. Después de haber estudiado en San Sulpicio, fué encargado por el arzobispo de París de la instruccion de las *nuevas católicas*; estas funciones le inspiraron el tratado de la *Educacion de las jóvenes*. Por recomendacion de Bossuet le confió Luis XIV una mision en el Poitou rechazando los medios de rigor. Fenelon logró, por su dulzura y su elocuencia, una porcion de conversiones. A su regreso, el rey le escogió, segun el consejo de la señora de Maintenon, para preceptor de su nieto, el duque de Borgoña. Supo inculcar en el corazon de su discípulo todas las virtudes de cristiano y de príncipe y le inspiró hacia su persona un afecto que conservó hasta su muerte. Terminada su educacion, Luis XIV le promovió al arzobispado de Cambray (1694). Dotado desde la cuna de una alma sensible, y penetrado de un puro amor hacia Dios, Fenelon abrigó las ideas místicas de la señora Guyon; Bossuet, que hasta entonces había sido su amigo, le atacó violentamente sobre este punto, haciendo condenar en Roma (1699) la *Explicacion de las máximas de los Santos*, que el arzobispo de Cambray había pu-

blicado para justificarse. Fenelon se sometió con humildad y abjuró públicamente sus errores. Hacia el mismo tiempo, vió la luz el *Telémaco*, ingeniosa ficcion, en que se enseñan los deberes de un rey; esta obra, que Fenelon no había querido publicar, le había sido robada por un criado infiel. Luis XIV observó en ella una sátira de su reinado, mandó suspender la impresion y separó de su gracia al autor. Retirado en su diócesis, Fenelon no se ocupó mas que en hacer la felicidad de su rebaño. Tuvo por sí mismo cuidado de la instruccion religiosa del pueblo y de los niños, y se hizo amar de todos por su beneficencia. Durante el cruel invierno de 1709, se despojó de todos sus bienes para alimentar al ejército francés que acampaba en las inmediaciones. La reputacion de sus virtudes atrajo á Cambray un número considerable de extranjeros distinguidos; entre otros á Ramsay, al que convirtió y no abandonó jamás. Murió en 1715 á los 64 años. Fenelon es inferior á Bossuet en cuanto á la sublimidad de los pensamientos; pero ningun autor le ha igualado en la union y el encanto del estilo, siendo el escritor que ha reproducido mejor en los tiempos modernos la noble sencillez de los antiguos. Como hombre y como cristiano, nadie ha practicado con mas fervor las santas virtudes, ni sabido hacer amar con menos esfuerzos la religion. En política, tenía ideas muy liberales. Se conservan de él un crecido número de obras; pero se han perdido muchas, pues Luis XIV mandó quemar, á la muerte del duque de Borgoña, muchos de sus escritos que se hallaron entre los papeles del príncipe.

FENELON (J. B. A. DE SALIGNAC, ABA-TE DE), nació en Saint-Jean-des-Tellais, en el Delfinado, 1714; era sobrino del precedente. Fué capellan de la reina Maria Leczinska, mujer de Luis XV; después se encargó de dirigir un establecimiento de caridad fundado para mejorar la suerte de los *Saboyanos en Paris*. A pesar de sus virtudes y su piedad fué preso por sospechoso, y presentado al tribunal revolucionario, que le condenó á muerte. Todos los Saboyanos que habían en Paris se presentaron á la Convencion para pedir el perdón de aquel á quien llamaban su *buen padre*; pero sus súplicas fueron inútiles y subió á suplicio el 8 de julio de 1794.

FENIX, hijo del rey Amintor, le sacaron los ojos de orden de su padre por una falsa acusacion: recobró la vista por la habilidad de Quironte; fué maestro de Aquiles y le siguió á Troya.

FERDUCY (ABUL-CACEM-MANSOUR), célebre poeta persa, nació en Rizvan, cerca de Tus, en el Khorazan, el año de Jesucristo 916, murió el de 1020. Mahamud el Gaznevide le encomendó la empresa de escribir el *Chah-Nameh* ó *Historia de los reyes de Persia*. Ferdacy empleó 30 años en ejecutar esta inmensa composicion que contiene 420,000 versos; pero mientras que se dedicaba al trabajo en la soledad, sus enemigos lo malquistaron con el rey, obligándolo por sus calumnias á huir de su patria. Se retiró á Bagdad, donde su alta reputacion, que le había precedido en aquel país, le granjeó la proteccion del califa. Después de algunos años de destierro, Ferdacy fué llamado á su patria, donde terminó su carrera: El capitán Turner-Macan publicó en Persa el *Chah-Nameh*, Londres, 1829, 4 volúmenes en 8.º; ha si-

do traducido al inglés por Atkinson, Londres, 1831. Mr. Vallembourg ha dado en francés una noticia sobre el *Chah-Nameh* con la traduccion de algunos trozos: en fin esta grande obra ha sido traducida toda al francés y comentada por Mr. Julio Molh, 1838-1839, 2 tomos en folio.

FERECIDES, filósofo griego, nació hacia el año 600 antes de Jesucristo, en la isla de Syros, una de las Cícladas, abrió una escuela en Samos y contó á Pitágoras en el número de sus discípulos. Murió de una edad muy avanzada. Admitía como principios eternos á Júpiter ó el aire, al tiempo y la tierra, fué el primero que enseñó filosóficamente la inmortalidad del alma; tuvo conocimientos de física y astronomía, y predecía los eclipses. Fué, segun algunos, el primero que ha escrito en prosa.

FERECIDES, historiador, llamado *el Ateniese*, nació en la isla de Leros y florecía en Atenas, segun Suidas en la olimpiada 75 (480 años de Jesucristo). Formó una coleccion de los signos de Orfeo y compuso una historia titulada las *Autochthonas*, que contenía la genealogía de las familias indígenas del Ática. De esta historia solo han quedado dos fragmentos publicados por Sturz, Gera, 1789.

FERECRATO, poeta cómico de Atenas hacia el año 420 antes de Jesucristo, compuso 17 ó 23 comedias de las que no se conservan mas que algunos fragmentos, entre otros un trozo y una pieza intitulada *Quironte*, que han sido recopiladas por J. Hertel en su *Velustissimum comicorum sententia*. Dió su nombre al verso latino ferecratio, que se compone de un espondeo, de un dactilo y de un troqueo.

FERID-EDDIN-ATTAR, poeta persa, nació hacia 1226 en el Khorazan, abandonó la carrera del comercio que le producía mucho para abrazar el estado de dervis; se entregó á los ejercicios de la piedad mas exaltada, y fué asesinado hacia 1280 por los Mogoles que habían invadido el país. Se tienen de él muchos poemas morales y místicos, el mas célebre es el *Pen-Nameh*, libro de los Consejos, traducido por Mr. de Lacy, 1819, en 8.º.

FERIDUN, rey fabuloso de Persia, hijo ó nieto de Djemchid, libró á los pueblos iranos del yugo del usurpador Zohac, y gobernó sabiamente. El *Zend-Avesta* le atribuye un reinado de 500 años. Sus sucesores fueron los últimos Pischdadios. Se ha creído largo tiempo ver en Feridun el Arhace de los Griegos, después algunos eruditos han combatido esta opinion.

FERMAT (PEDRO DE), geómetra, nació hacia 1595 en Tolosa ó en Beaumont de Lomagne, murió en 1665; era consejero en el parlamento de Tolosa y cultivaba las ciencias como por entretenimiento. Estuvo en correspondencia con Descartes, Pascal, Roberval, Toricelli, Huyghens, Mersenne, etc., é hizo un gran número de descubrimientos en las matemáticas. Participa con Descartes de la gloria de haber aplicado el álgebra á la geometría; imaginó para la solucion de los problemas un método llamado de *maximis et minimis*, que debe hacerle mirar como el primer inventor del *Cálculo diferencial*; creó al mismo tiempo que Pascal el *Cálculo de las probabilidades*, descubrió el primero en aritmética las propiedades de muchos números, comentó y amplió á Diofanto; restableció con una admirable sagacidad muchas obras perdidas de Apolonio y de

Euclides. Era al mismo tiempo hábil heleanista y profundo jurisconsulto. Se acusa á este sabio de haber ocultado sus métodos, algunos de los cuales se han perdido después de su muerte. Se conservan de Fermat algunos opúsculos publicados 15 años después de su muerte por su hijo Samuel de Fermat bajo el título de *Varia opera mathematica*, Tolosa, 1679, y notas acerca de Diofanto en la edicion de 1670. Sus obras se publican en Francia á espensas del Estado.

FERMIN (SAN), primer obispo de Amiens, mártir hacia el año 287. Se le celebra el 27 de setiembre.

FERMIN (SAN), obispo, fué bautizado juntamente con sus padres por san Saturnino. Se dedicó á propagar el catolicismo, fué consagrado obispo de Pamplona, y distribuyó todos sus bienes entre los pobres. Pasó á Francia, donde destruyó en gran parte la idolatría. Le honró el Señor con el don de los milagros, y finalmente padeció el martirio en su misma prision. Es patron de Navarra y se celebra su fiesta el día 7 de julio.

FERNAND (FRANCISCO), jesuita español, nació en 1557 en la diócesis de Toledo, abandonó la carrera del foro para abrazar la eclesiástica, y después de haber estudiado con distincion las letras sagradas, siguió al P. Alejandro Valliquani en su viaje á Goa. Fué nombrado visitador de aquel establecimiento y ordenado sacerdote en 1595; desempeñó con mucho acierto la cátedra de teología, dirigió muchas misiones en Goa y en el Concan, y tres años después pasó á Bengala, donde desplegó su celo apostólico con suma utilidad; pero en una desavenencia entre los Portugueses y los naturales de Chatingam quiso Fernand poner paz, y cayendo en manos de los mas furiosos, fué maltratado por ellos y encerrado en una cárcel, donde murió en 14 de noviembre de 1602. Este jesuita escribió dos catecismos en el dialecto de Bengala.

FERNANDEZ (FRANCISCO), pintor español, discípulo de Vincencio Carducho, nació en Madrid en 1605. Por sus notables progresos en la pintura fué elegido para pintar en los retratos de los reyes en el real palacio. Se cuentan entre sus mejores obras un San Joaquin y Santa Ana, y el entierro de San Francisco de Paula que se hallaba en el convento de la Victoria de Madrid. De resultados de una disputa entre Fernandez y un maestro de primeras letras llamado Francisco Varras, quedó aquel muerto de una punalada que el maestro le dió el año 1616. Todos los artistas lloraron su muerte por la esperanza que tenían en su habilidad. Fué el primer maestro de José Donoso, y grabó al agua fuerte con gusto pintoresco la portada, la segunda, cuarta y quinta estampa de los *Diálogos de la pintura*, que escribió y publicó su maestro Carducho en Madrid el año 1633.

FERNANDEZ (JUAN), piloto español, nació en Cartagena en 1536. Hizo muchos descubrimientos, de los cuales algunos no han llevado su nombre. En uno de sus viajes del Perú á Chile, descubrió en 1571 las islas que llevan su nombre, y después han sido visitadas por muchos navegantes que han dado de ellas buenas descripciones; y en 1574 descubrió al norte de las islas Fernandez las de San Félix y San Ambrosio. Estimulado con el buen éxito de sus expediciones salió de Chile en 1576, y descubrió á unos 40.º hacia el O. y S. O. una costa que tenía todas las apariencias de un continente. Los indígenas, que eran blancos y bien formados, recibieron á los Españoles con agrado, los que considerando que su buque era pequeño y no muy bien equipado, volvieron á Chile, guardando el secreto de su descubrimiento con la intencion de volver á aquel país con una expedicion mas considerable; mas la muerte de Fernandez impidió llevar á cabo el proyecto. Los pormenores de las expediciones de Fernandez se hallan en una obra titulada: *Memorias para recomendar al rey la conversion de los naturales de las islas nuevamente descubiertas*, por don Juan Luis Arias, Valladolid, 1609.

FERNANDEZ (LUIS), pintor español, nació en Madrid en 1596. Fué uno de los discípulos mas sobresalientes de Eugenio Caxes, como lo manifiestan los cuadros que estaban en el claustro del convento de mercenarios calzados de la corte, relativos á la vida de san Ramon. Palomino cita como la mejor obra de Fernandez una capilla de la iglesia de Santa Cruz, que pereció en un incendio. Murió este hábil artista en 1654 á la edad de 60 años.

FERNANDEZ NAVARRETE (JUAN), de sobrenombre *el Mudo*, célebre pintor español, nació en Logroño en 1526, y de resultados de una enfermedad aguda que le privó del oído no pudo aprender á hablar. Cuando niño se notó su aficion á la pintura. Todas las cosas que le chocaban las copaba con carbon. Su primer maestro fué un religioso del monasterio de la Estrella del orden de San Gerónimo, que viendo los adelantos del joven, indujo á sus padres á que pasase á Italia, donde se perfeccionó en la pintura. Vuelto á España, Felipe II le nombró su pintor de cámara, y le señaló 200 ducados de gratificacion, pagándole las obras por separado. En el Escorial se halla un cuadro que Fernandez trajo en prueba de su habilidad, y agrado hacia S. M.; era el bautismo de Cristo. Entre sus muchas, la mas notable es el célebre cuadro de Abraham con los tres ángeles, que se halla como todos los suyos en el Escorial. Felipe II mandó darle 500 ducados por este cuadro, suma muy considerable entonces. Navarrete tenía todas las circunstancias necesarias á un buen pintor. A pesar de ser mudo, leía y escribía, jugaba á los naipes y por señas se dejaba entender con la mayor claridad, siendo la admiracion de cuantos le trataban. Muy pocos igualaron á Fernandez en el dibujo, particularmente en el colorido; por lo que le llamaron el *Ticiano español*. Este célebre pintor murió en Segovia en 1579 á la edad de 53 años.

FERNANDEZ DE NAVARRETE (PEDRO), natural de Logroño, canónigo de Santiago de Galicia, fué capellan y secretario del infante don Fernando de Austria, cardenal y arzobispo de Toledo, y fué también secretario de la reina Isabel de Borbon, mujer de Felipe IV. Es tenido por hombre de gran talento y sabiduria. Entre sus obras la mas notable es la titulada: *Conservacion de monarquías y discursos políticos sobre la gran consulta que el consejo hizo al señor rey Felipe III*, Madrid, 1626.

FERNANDEZ DE NAVARRETE (DON MARTIN), sabio español. Nació en Abalos, villa de la Rioja, en 9 de noviembre de 1765, y siendo de menor edad lo recibieron en

y descubrió á unos 40.º hacia el O. y S. O. una costa que tenía todas las apariencias de un continente. Los indígenas, que eran blancos y bien formados, recibieron á los Españoles con agrado, los que considerando que su buque era pequeño y no muy bien equipado, volvieron á Chile, guardando el secreto de su descubrimiento con la intencion de volver á aquel país con una expedicion mas considerable; mas la muerte de Fernandez impidió llevar á cabo el proyecto. Los pormenores de las expediciones de Fernandez se hallan en una obra titulada: *Memorias para recomendar al rey la conversion de los naturales de las islas nuevamente descubiertas*, por don Juan Luis Arias, Valladolid, 1609.

FERNANDEZ (LUIS), pintor español, nació en Madrid en 1596. Fué uno de los discípulos mas sobresalientes de Eugenio Caxes, como lo manifiestan los cuadros que estaban en el claustro del convento de mercenarios calzados de la corte, relativos á la vida de san Ramon. Palomino cita como la mejor obra de Fernandez una capilla de la iglesia de Santa Cruz, que pereció en un incendio. Murió este hábil artista en 1654 á la edad de 60 años.

FERNANDEZ NAVARRETE (JUAN), de sobrenombre *el Mudo*, célebre pintor español, nació en Logroño en 1526, y de resultados de una enfermedad aguda que le privó del oído no pudo aprender á hablar. Cuando niño se notó su aficion á la pintura. Todas las cosas que le chocaban las copaba con carbon. Su primer maestro fué un religioso del monasterio de la Estrella del orden de San Gerónimo, que viendo los adelantos del joven, indujo á sus padres á que pasase á Italia, donde se perfeccionó en la pintura. Vuelto á España, Felipe II le nombró su pintor de cámara, y le señaló 200 ducados de gratificacion, pagándole las obras por separado. En el Escorial se halla un cuadro que Fernandez trajo en prueba de su habilidad, y agrado hacia S. M.; era el bautismo de Cristo. Entre sus muchas, la mas notable es el célebre cuadro de Abraham con los tres ángeles, que se halla como todos los suyos en el Escorial. Felipe II mandó darle 500 ducados por este cuadro, suma muy considerable entonces. Navarrete tenía todas las circunstancias necesarias á un buen pintor. A pesar de ser mudo, leía y escribía, jugaba á los naipes y por señas se dejaba entender con la mayor claridad, siendo la admiracion de cuantos le trataban. Muy pocos igualaron á Fernandez en el dibujo, particularmente en el colorido; por lo que le llamaron el *Ticiano español*. Este célebre pintor murió en Segovia en 1579 á la edad de 53 años.

FERNANDEZ DE NAVARRETE (PEDRO), natural de Logroño, canónigo de Santiago de Galicia, fué capellan y secretario del infante don Fernando de Austria, cardenal y arzobispo de Toledo, y fué también secretario de la reina Isabel de Borbon, mujer de Felipe IV. Es tenido por hombre de gran talento y sabiduria. Entre sus obras la mas notable es la titulada: *Conservacion de monarquías y discursos políticos sobre la gran consulta que el consejo hizo al señor rey Felipe III*, Madrid, 1626.

FERNANDEZ DE NAVARRETE (DON MARTIN), sabio español. Nació en Abalos, villa de la Rioja, en 9 de noviembre de 1765, y siendo de menor edad lo recibieron en

la orden de San Juan en 9 de agosto de 1768, debiendo haber contribuido á ello el tener en Malta un tio carnal de su madre que llegó á ser gran maestro de la orden. En 1777 entró de alumno en el seminario de Vergara, y á pesar de haber salido de él discípulo que han brillado en primer grado en todas las carreras, no fué don Martín el que menos honor le ha hecho. Allí fué condiscípulo de don Luis María de Salazar, ministro de Marina, y allí nació aquella amistad tierna que se profesaron sin interrupcion toda su vida. En 1780 salió para guardia marina, cuya plaza sentó en el departamento del Ferrol, y después de haber hecho lucidos estudios se embarcó en el navío *San Pablo* el 1.º de abril de 1781, y en junio pasó á Cádiz, donde incorporado con la escuadra que mandaba don Luis de Córdova, hizo la campaña de aquel verano sobre las costas de Inglaterra y las demás de aquella guerra, hallándose en el ataque de Gibraltar en setiembre de 1782, en que hizo buenos servicios, y en el combate del cabo Espartel el día 20 de octubre siguiente. Hecha la paz en enero de 1783 y promovido á alférez de fragata, fué destinado al departamento de Cartagena, y se halló en varias campañas de corso contra los Moros en 1784 y 85; y últimamente en la escuadra que al mando del señor don José de Mazarredo concluyó la paz con la regencia de Argel. Hizo después un curso de matemáticas sublimes, navegacion y maniobras bajo la direccion de don Gabriel de Ciscar, saliendo sobresaliente en estos varios ramos de instruccion.—A poco tiempo fué comisionado para reconocer todos los archivos del reino y formar una coleccion de manuscritos de marina, como con celo é inteligencia lo hizo. Declarada la guerra entre España y Francia en 1793, siendo ya teniente de navío, solicitó ser unido á la escuadra que mandaba don Juan de Lángara, y sirvió en ella los empleos de primer ayudante y secretario. Hizo toda aquella campaña, y fué el encargado de traer á Madrid la noticia de la toma de Tolon. Hizo tambien la primera campaña de la guerra que en 1796 se declaró á los Ingleses, hasta que nombrado don Juan de Lángara ministro de Marina, no queriendo este desprenderse de la honradez y talentos de su ayudante, y atendiendo al quebranto de su salud, lo trajo á Madrid y obtuvo plaza de oficial tercero de la secretaria de Marina. Siguió su nueva carrera, hasta que en 1807 fué nombrado ministro fiscal del supremo Consejo de Almirantazgo, siendo ya capitán de navío. Sobrevino la invasion francesa, y en 1812 pasó á Cádiz, en el 14 á Murcia, y restituido á Madrid cuatro meses después del regreso de Fernando VII, obtuvo su jubilacion cuando los disturbios políticos le hacian apetecible este retiro. No lo desperdició su laboriosidad; en él empezó á reunir materiales para escribir la vida de Cervantes, conociendo que las que hasta allí se habian escrito eran incompletas, y con nuevos documentos y noticias compuso la que publicó la Academia en 1820 al frente de su edicion del Quijote. A fines del año de 23 fué nombrado director del depósito hidrográfico, y como tal conservó con el baron de Zach una correspondencia científica y literaria que publicó el baron en Génova. En 1826 comenzó á dar á luz, bajo los auspicios de Fernando VII, su célebre coleccion

de Viajes de Colon y demás descubridores del Nuevo Mundo, vertiendo una esquisita erudicion histórica en sus introducciones y notas, obra que ha sido recibida con aceptacion estremada por todos los sabios de Europa, que han hecho de ella los mas encarecidos elogios. Si hubiéramos de referir lo que en todos tiempos, pero principalmente desde esta época, ha trabajado, no habiendo materia científica y literaria para la que no se buscara su consejo y dictámen, tendríamos que alargarnos infinito. Todas las sociedades sabias de Europa han creído honrarse apresurándose á recibirle en su seno. — Muerto el rey y publicado el Estatuto en 1834 fué nombrado del Consejo de Estado, prócer del reino, y posteriormente senador en casi todas las legislaturas por su provincia de Logroño; pero en la carrera política no era á donde le llamaba á brillar su vida estudiosa y su carácter pacífico. A pesar de su avanzada edad seguía trabajando con el mayor celo y constancia, acudiendo con la mayor exactitud al depósito hidrográfico y á las academias, cuerpos que, segun el dicho de un ministro, la sombra solo de don Martín Navarrete los sostenia. Fué, en fin, victima de este estremado celo en el cumplimiento de su obligacion. Ni sus años, ni sus padecimientos, ni los rigores del invierno podian ser bastantes á que dejase de acudir á estos establecimientos. De sus resultas trajo un catarro pulmonar crónico que lo arrebató de los brazos de su afligida familia, entrando ya en los setenta y nueve años de edad, el día 8 de octubre de 1844.

FERNANDEZ DE VILLEGAS, arcediano de Burgos, trajo las obras del Dante en verso antiguo español y las ilustró con notas ó comentarios. El título de la obra es: *La traduccion del Dante de la lengua toscana en verso castellano, comentada allende de los otros glosadores*. Publicó á la vez tres opúsculos suyos en verso, á saber: *Querrela de la fe; La aversion del mundo y conversion á Dios en coplas antiguas de ocho versos pequeños; La sátira decena de Juvenal*, Burgos, 1515.

FERNANDEZ DE HERO (ALFONSO), parece fué hermano de Antonio Fernandez y de Gerónimo Fernandez de Hero. Lo cierto es que fué canónigo doctoral de Valladolid y que sin duda es el autor de las obras siguientes: *Interpretationes juris pontificii*, en Bolonia, 1616. *De actionibus, et earum origine*, Calari, 1618. *Diversarum questionum juris liber*, Nápoles, 1619. *Miscellanea juris*, Roma, 1623.

FERNANDEZ DE HERO (GERÓNIMO), hermano de los precedentes, enseñó cánones en el colegio de Españoles en Bolonia, obtuvo varios empleos y judicaturas en Italia, Nápoles y España, y murió en Barcelona en 1635. Escribió en español la obra titulada: *El maestro del príncipe*, Madrid, 1633, en 4.º.

FERNANDEZ DE HERO (ANTONIO), hermano del anterior, fué catedrático en Valladolid y publicó un tratado: *De pascuis, et de jure pascendi*, Valladolid, 1632, dos tomos en folio.

FERNANDEZ DE MADRID (ALFONSO), natural de Palencia, debió su educacion al arzobispo de Granada don Fernando de Talavera; ordenóse después en su patria, obtuvo el arcedianato de Alcor y fué vica-

rio general de su obispo don Francisco Mendoza. Fenandez desde su juventud se hizo recomendable por sus virtudes y talento; fué un verdadero orador, y su elocuencia era en extremo persuasiva. Escribió una obra titulada: *De la antigüedad y nobleza de la ciudad de Palencia, de sus fundaciones, y destrucciones en veces diversas; de su insigne iglesia, y cosas notables que en ella hay, con los nombres de los preladados que en ella han presidido y concurrencias señaladas en tiempo de cada uno, dos tomos en folio*. Tambien se le atribuye otra obra titulada: *Memorial de los tiempos*. Este sabio literato era hermano de Francisco Fernandez de Madrid, canónigo de la misma iglesia, sucesor de Alfonso en el arcedianato de Alcor.

FERNANDEZ (EL MARISCAL DE CAMPO DON ANTONIO), nació por los años 1771 en la ciudad de Burgos. Entró á servir de cadete del regimiento de Granada en abril del año 1788, último del reinado del señor don Carlos III, y ascendido á oficial en el mismo cuerpo en 1792 solicitó y obtuvo pasar al de ingenieros, habiendo hecho sus estudios en la academia de Barcelona, una de las antiguas que dicho cuerpo tenia á su cargo establecidas por el gobierno para facilitar la instruccion á los oficiales del ejército y prepararse así á servir con distincion en él, como tantos lo consiguieron en diferentes armas además de la de ingenieros, para la cual no eran exclusivas estas escuelas. Se estrenó ya como ingeniero el general Fernandez en el ejército que mandó el célebre general Ricardos en la guerra ofensiva que por el Rosellon hicieron á la Francia, y asistió al ataque y toma de varios puntos que ganamos en el territorio francés, y á la defensa después del de Coluibre; notable sino por su buen éxito, que era imposible en las circunstancias en que se hallaba la plaza, por la generosa decision y constancia con que la guarnicion sufrió un terrible bombardeo por mar y tierra, sin mas objeto que salvar á los emigrados franceses de la muerte á que estaban condenados por la república, lo cual se logró con maña y arrojo. Prisionero en Coluibre, volvió á España por canje con circunstancia de no tomar las armas en aquella guerra. Suscitada la de los Ingleses, sirvió en las islas Baleares hasta que volvió á caer prisionero cuando estos ocuparon á Menorca. Ya en libertad y siendo teniente estuvo en la direccion de Cataluña hasta el año de 1802 en que fué destinado al vecindario de Buenos Aires, del cual con esfuerzos de toda especie querian tambien los Ingleses arrojarnos, y á los que contrarestaron noblemente la lealtad de aquellos habitantes á la metrópoli y las disposiciones defensivas del jefe militar; pero asaltada por tres veces Montevideo, cedió á la última acometida en la noche del 2 al 3 de febrero de 1807; y nuevamente fué prisionero de estos el general, capitán entonces. Llevado á Inglaterra, fué restituido á la Coruña y empleado en la direccion de Castilla la Vieja. A poco en 1808, se incorporó al ejército llamado de la izquierda, en nuestra gloriosa guerra de la Independencia, y siguió todos sus movimientos desempeñando en la plana mayor las funciones correspondientes á su clase; se halló en la batalla de Tamames ganada á los Franceses en 19 de octubre de 1809 por el duque del Parque, consiguiendo el

grado de coronel por el mérito que contrajo en ella. Destinado á la plaza de Badajoz durante el sitio en que se immortalizó el general Menacho, fué prisionero y llevado como tal al norte de Francia, de donde volvió sin menoscabo en su leal conducta el año 1814. Destinado de nuevo á Castilla la Vieja, pasó á Navarra durante la guerra de 1820 á 1823. Sostuvo allí la defensa de Pamplona como comandante de ingenieros contra las tropas francesas cogidas con las anti-constitucionales españolas, distinguiéndose por su valor sereno, y por su ánimo decidido en oponerse á la entrega de la plaza. Acarrióle esta conducta enérgica y las disposiciones que tomó y proyectaba para prolongar la defensa conforme las reglas de su arte, ser impurificado en primera y segunda instancia á su regreso de prisionero por la rendicion de la plaza. Vuelto al servicio con el triunfo de las opiniones por las que habia trabajado y sufrido, tuvo su destino en Andalucía en 1834, y á principios de 1835, ya director subinspector, se encargó del mando en Navarra. Nombrado en este mismo año comandante general de ingenieros del ejército del Norte, siguió constantemente los rápidos y multiplicados movimientos del cuartel general donde era su destino, sobrellevando en su avanzada edad, sin equivar penalidad alguna, la dura y trabajosa vida de la campaña, que no todos pudieron resistir con iguales ó mas favorables circunstancias que las suyas. Concurrió á muchas acciones, entre ellas á las dos de Arlaban, la de Galarrreta, Zubiri, el levantamiento del sitio de Bilbao, toma de las líneas de San Sebastian, y Hernani; habiendo sido premiado dos veces con la cruz de San Fernando de tercera clase. Ascendió á general por su escala en el cuerpo; pasó á la direccion de Galicia, y habiéndose trasladado de allí á Castilla la Nueva, donde como decano del cuerpo y segun ordenanza, le mandó interinamente después de la muerte del Excmo. señor don Luis María Balanzat desde 11 de febrero á 24 de mayo de 1843. Su vida militar sin tacha le dió derecho á la gran cruz de San Hermenegildo que disfrutaba, y la justa munificencia de S. M. la reina premió con la gran cruz de Isabel la Católica en 14 de diciembre de 1843 los dilatados y buenos servicios de tan respetable oficial general. Murió en Madrid el día 9 de abril de 1845, y su muerte fué muy llorada por sus numerosos amigos y familia, perdiendo el ejército uno de sus mejores jefes y la patria uno de sus mas ardientes defensores.

FERNANDEZ o HERNANDEZ (ALEJO), pintor español. Pablo de Céspedes hace mencion de él en su discurso: *De la comparacion de la antigua y moderna pintura y escultura*, diciendo: «Alejo Hernandez, que en Sevilla hizo muchas obras y en Córdoba en el monasterio de San Gerónimo el retablo grande, y otros pequeños.» Las pinturas del grande representan varios pasajes de la vida de Cristo y del Santo doctor: la del medio es una cena del Señor, y está firmada. El mérito de estas tablas corresponde á lo mejor que se hacia en aquella época en España, y como dice el mismo Céspedes, la mayor habilidad de los pintores de entonces consistia en dorar y retocar. Otras muchas obras se deben al pincel de este famoso artista, y entre ellas el retablo mayor de la

catedral de Sevilla que trabajó en compañía de su hermano Jorge y por mandato del cabildo.

FERNANDEZ (JUAN), escultor y arquitecto. Entre las diversas obras que se deben al pincel de este célebre artista, son muy elogiadas por los inteligentes las estatuas de san Pedro y san Pablo, mayores que el natural, que ejecutó el año 1616 para la capilla de Nuestra Señora del Sagrario de la catedral de Toledo, y la escultura que está sobre la puerta de la antescristia. El cabildo de aquella iglesia le nombró su arquitecto el 9 de marzo de 1627.

FERNANDEZ (MANUEL SANTOS), pintor español, que vivía en Madrid á principios del siglo XVIII, y uno de los discípulos mas aprovechados que tuvo Ezquerria. Bastará citar, para conocer el mérito de este artista, el cuadro que pintó para el altar que está al lado del evangelio en la capilla de Nuestra Señora del Puerto junto al puente de Segovia, que representa á san Francisco de Asís y á san Antonio de Padua con un rompimiento de gloria en lo alto, y unos niños en primer término, firmado el año de 1719; y otro de san Bruno que habia en el oratorio de la hospedería del Paular, copiando la estatua de Pereyra que está en Madrid.

FERNANDEZ DE CASTRO (DON ANTONIO), pintor y prebendado de la catedral de Córdoba. Dió muestras de su afición é inteligencia en la pintura, pintando entre otros, dos cuadros para la sala capitular de su iglesia, que representan la Concepcion y un San Fernando.

FERNANDEZ DE CÓRDOVA (EL EXCMO. SEÑOR DON LUIS), general español y uno de los personajes célebres de nuestra historia contemporánea. Nació en 2 de agosto de 1798, perteneciendo á una antigua y distinguida familia. Siguiendo su inclinacion hacia la carrera de las armas, empezó á servir en 1811 en clase de cadete en la guardia real de infantería: en los tres años que todavía duró la desastrosa guerra de la Independencia, se halló en varias acciones de guerra, y á pesar de su tierna edad, dió en todas ellas muestras de gran valor y serenidad. Terminada aquella sangrienta lucha con los Franceses, se estableció en Madrid un colegio ó academia de cadetes, en la cual fué alumno el señor Córdova, cultivando los estudios militares y sobresaliendo entre sus compañeros por sus talentos y prodigiosa memoria. En aquella época, segun el testimonio de cuantas personas le conocieron, y segun su propia confesion, don Luis Fernandez de Córdoba era liberal de los mas exagerados, y profesaba las ideas antisociales que habian predicado los revolucionarios franceses. Dicese que no hizo un misterio de sus opiniones políticas en las conversaciones que sostenia con sus compañeros de academia; por lo cual sufrió castigos y repreneiones de sus preceptores, siendo desde entonces muy vigilado; fuéronle recogidos los libros que leia por un comisionado del Santo Oficio y solo al validamiento de sus parientes y al interés que por él mostró una señora de la familia del inquisidor, con la cual mantenía relaciones amorosas, debió el travieso cadete el librarse de un severo y ruidoso castigo. Sin embargo, bastaron estos hechos para que no adelantase en su carrera y aun era cadete en 1819 cuando el rey don Fernan-

do VII quiso presidir los exámenes de la academia. El jóven Córdova hizo en ellos alarde de su saber en todos los ramos de la ciencia militar, sobresaliendo como siempre entre sus compañeros. S. M. le concedió el ascenso á oficial. Al instante solicitó y obtuvo ser destinado á la expedicion de América, país en el cual habia muerto su padre desgraciadamente defendiendo los derechos de la España. Salió en efecto de Madrid en 1819 para unirse al A. M. G. del ejército expedicionario, que poco después proclamó la Constitucion en las Cabezas de San Juan. — Jurada por el rey la Constitucion, y disuelto el ejército expedicionario, vino á incorporarse á su regimiento destinado de servicio á Madrid. No bien llegó á la corte cuando fué insultado y perseguido encarnizadamente: pedíase á voces en los cafés su cabeza; y fué espulsado de la capital sin forma de proceso, para que volviese á Cádiz á responder á los cargos que con él resultarían en la célebre causa de 40 de marzo. Veinte y dos meses pasó desterrado en Sevilla, Cádiz y el Puerto: fué absuelto en la causa, y rehabilitado para ingresar de nuevo en su cuerpo. Volvió á Madrid y sus enemigos le suscitaron tantas persecuciones y le hicieron objeto de tantos insultos, que no pudiendo resistir mas la violenta injusticia con que se le trataba ideó y llevó á cabo (porque fué toda obra suya) la famosa conspiracion del 7 de julio de 1822. Salió en 1823 de Francia, y peleó en Navarra en las filas realistas, hasta que á la entrada de los Franceses fué llamado al cuartel general, al que se incorporó en Vitoria donde residia la junta provisional formada en Oyazun, prosiguiendo en su compañía hasta Burgos. Bien pronto tuvo que hacer abierta y ostensible oposicion al carácter político reaccionario y violento que aquella autoridad daba á todos sus actos y decretos, separándose de ella para incorporarse á la vanguardia del ejército que avanzaba sobre Madrid. Al despedirse de las personas que componian aquella junta les manifestó, que no aprobando el semblante que iba tomando la restauracion, estaba decidido á trabajar porque se disolviese. Así lo hizo con tan buen éxito que al llegar la junta á Alcovendas supo en aquel pueblo que se habia decretado su disolucion. — En efecto el señor Córdova, autorizado con los servicios que habia prestado al rey, favoreció desde entonces mucho á los liberales perseguidos, hizo conocer á S. M. los fatales resultados del sistema de venganzas que se proponian los apostólicos en aquella memorable reaccion; y fué enemigo declarado de Ugarte, Calomarde y demás jefes de aquel partido. En 1824, siendo ya oficial de la secretaria de Estado, era Córdova objeto de las delaciones de la policia, como favorecedor de liberales; pero no por eso dejó de portarse con la honradez y dignidad que formaban el distintivo de su carácter, y consiguió por fin que se suprimiesen las comisiones militares. — En 1826 se le encargó la secretaria de la embajada en París; y apenas llegó á la capital de Francia, contrajo estrechas relaciones de amistad con el general Alava, Martinez de la Rosa, y Yandiola, Carnero y otros emigrados ilustres. Ninguno de los demás proscritos en aquel reino sufrió de su parte la menor persecucion: por el contrario, favoreció en aquella época á muchos que mas adelante fueron sus en-

carriados enemigos. — A principios de 1830 solicitó su vuelta a España, á la cual se oponía Calomarde. Se hallaba en Suiza cuando tuvo la primera noticia de las ordenanzas de Polignac, y escribió al rey Fernando una carta, en la cual pronosticaba la revolución francesa, la subida de Luis Felipe al trono y cuanto después sucedió. — Cuando falleció el rey, el infante don Carlos y sus partidarios le ofrecieron todo género de mercedes y recompensas si se prestaba á servir su causa; pero ya hemos visto que Córdoba era liberal en el fondo; sabemos también que en 1820, injustas persecuciones le habían obligado á abrazar la causa de la monarquía pura; y como por otra parte, antes de ir á Lisboa había prometido servir con lealtad la causa de doña Isabel II á su augusta madre doña María Cristina, se negó obstinadamente á favorecer los planes de don Carlos y sus secuaces. — En 1834 solicitó el señor Córdoba que se le permitiera abandonar la diplomacia mientras durase la guerra civil; y en efecto, fué destinado al ejército del Norte, al mismo tiempo que el general Rodil fué encargado de mandarle en jefe. En abril de 1835, y cuando las tropas de la reina salieron de Vitoria para la Borunda, Córdoba mandó la vanguardia, y el día 22 ganó la acción del puerto de Ariza, haciendo prodigios de valor: poco después y por medio de sus hábiles operaciones salvó también al brigadier Buren y 4,500 hombres que con él estaban sitiados en Abarruza por toda la facción. De este modo terminaron sus señalados servicios como jefe de división. — Por encargo de Valdés, vino Córdoba á Madrid para hacer presente al gobierno el estado del ejército. Hallábase en efecto en la corte cuando el general en jefe hubo de dejar el mando por falta de salud: la guerra se encruceaba y la facción amenazaba á la invicta Bilbao. El gobierno pensaba en el nombramiento de Sardsfield para reemplazar á Valdés; pero aumentándose los conflictos y el desaliento, se dió á Córdoba el mando interino. En pocas horas hizo su viaje al Norte; pero cuando llegó á Portugalete, supo ya que los rebeldes habían levantado el sitio de Bilbao. En esta plaza tomó el mando del ejército, y aunque al día siguiente supo el nombramiento de Sardsfield, continuó las operaciones hasta que este general pudiera tomar el mando. Con los únicos 29 batallones de que podía disponer, salió de Bilbao, atacó al enemigo, desalojándolo y apoderándose de la célebre é inespugnable Peña de Orduña; los facciosos sitiaron á Puente la Reina, y el general después de levantar el bloqueo y abastecer á Vitoria, atravesó por Peñacerrada y socorrió la plaza. Dió fin á estas famosas operaciones con la célebre victoria de Mendigorria, de la cual no se sacaron todas las ventajas que debían esperarse por causas generalmente conocidas. Para la campaña de 1836 ofreció contener á los rebeldes en el Ebro, impedir sus expediciones, encerrarlos y bloquearlos en las montañas, conquistar toda la parte llana del país vascongado, reorganizar el ejército, mejorar su administración y mantener las tropas en la disciplina; todo lo cumplió. Los carlistas intentaron apoderarse de San Sebastian; Córdoba, que no pudo impedirlo directamente, determinó atacar la línea de Arlaban; y en este ataque fué donde se distinguió mucho é hizo prodigios de valor el general Narvaez

al apoderarse de las posiciones enemigas. La pérdida de Balmaseda y de Plencia ocurrieron en aquella época; pero todos saben que de estos dos sucesos adversos no tuvo la culpa el general Córdoba. En cambio el 7 de mayo obligó á Eguía, general en jefe carlista, á levantar el sitio de Bilbao precipitadamente, á pesar de que tenía á sus órdenes 27 batallones facciosos. Poco después, y como Mendizábal había ofrecido concluir con todo el poder de don Carlos en el término de seis meses, el general Córdoba encargó el mando del ejército á Espartero, y vino á la corte para desvanecer aquel error y las ilusiones que todos nos formábamos acerca de la guerra del Norte. — Promulgada la Constitución de 1837, Córdoba fué electo diputado y regresó á España á fines del mismo año. En el congreso dió pruebas de talento y vivacidad; pero no se distinguió como orador. Cayó el ministerio Oñalía, y la preponderancia del general Espartero en los actos del gobierno, no fué ya un secreto para nadie. Córdoba se hallaba en Andalucía lo mismo que Narvaez, el cual, disuelto el ejército de reserva, había ido al pueblo de su naturaleza. Entonces ocurrieron los sucesos de Sevilla de noviembre de 1838, en los que tomaron una parte entrambos generales, y que terminaron segun hemos explicado en el artículo biográfico de don Manuel Cortina. Sofocado aquel levantamiento, Córdoba quiso presentarse á las Cortes, dar cuenta de su conducta y descorrer el velo que cegaba á muchos; pero no logró su deseo y se vió en la precisión de huir al vecino reino de Portugal á principios de 1839 para librarse del consejo de guerra á que quería sujetarle Espartero, y cuyo resultado fatal nadie dudaba. En Lisboa permaneció muy querido y respetado por los portugueses mas ilustres, hasta el 29 de abril de 1840, día en que agravados sus padecimientos con las penas de la proscripción, le condujeron al sepulcro. Después ha sido conducido el cadáver de este ilustre general á la villa de Osuna, segun su voluntad testamentaria, y su familia ha erigido á su memoria un sencillo, pero elegante monumento.

FERNANDEZ DE GUADALUPE (PEDRO), pintor español. Residía en Sevilla á principios del siglo XVI trabajando en el adorno de su magnífica catedral. Pintó y retocó muchas de las estatuas que embellean el cimborio y templo, contándose entre ellas la Cena del Señor, un escudo de armas para el retablo mayor, y el retablo antiguo de San Pablo.

FERNANDEZ DE LAREDO (DON JUAN), pintor español, y uno de los mejores templatistas de su época en Madrid, donde nació el año 1632. Fué discípulo de Francisco Rizi, á quien ayudó en las obras que dirigía en el teatro del Buen Retiro; y por su habilidad logró los honores de pintor de cámara de Carlos II en 24 de enero de 1687. Muerto su maestro, le substituyó en la dirección de aquel teatro con gran inteligencia en la perspectiva; y pintó monumentos para algunas iglesias de Madrid, donde falleció desgraciadamente el año 1692.

FERNANDEZ DEL MORAL (LESME), platero, yerno y discípulo de Juan de Arfe Villafañe. Además de otras obras que hizo este artista, ayudó á su maestro á trabajar en la custodia de plata de la catedral de Osma, y en la que se conserva en la her-

mandad del Santísimo de la parroquia de San Martín en Madrid. Ocupó también interinamente la plaza de ensayador mayor de la casa de moneda de Segovia el año 1596, durante la ausencia de Arfe.

FERNANDEZ DE AVELLANEDA (ALFONSO), Véase AVELLANEDA Y CERVANTES.

FERNANDEZ (JUAN), navegante portugués, fué empleado en la expedición enviada por el infante don Enrique, en 1446, para explorar las costas de África, y que dirigió Antonio Gonzales. Hecho prisionero por los moros del Sahara, vecinos del Rio-do-Ouro, Fernandez fué el primer viajero europeo que penetró en aquellas tierras salvajes. A su regreso, dió á conocer las costumbres de las tribus bárbaras en las relaciones recogidas por los historiadores portugueses. En 1448 emprendió su segundo viaje, y quiso penetrar mas al interior del país; pero fué abandonado por sus compañeros y no volvió á aparecer.

FERNANDEZ (DIONISIO), navegante portugués, que descubrió en 1445 la embocadura del Senegal y el Cabo Verde.

FERNANDEZ (ÁLVARO), navegante portugués, conocido sobre todo por la relación del naufragio del galeon el *Gran San Juan* que ocurrió en 1552, cerca de las costas de Natal y del Monomotapá, y del cual tuvo la dicha de salvarse. La relación de este naufragio, cuyo mayor interés está en el fin trágico del capitán Manuel de Souza y de su familia, fué publicada en Lisboa, en 1554. Esmenando ha hecho de este funesto acontecimiento uno de los mas interesantes episodios de su poema de la navegación.

FERNANDEZ (DOÑA BEATRIZ), una de las varias amigas que tuvo el rey de Castilla y de Leon don Enrique II. Se hizo célebre por su extraordinaria hermosura, y tuvo de aquel monarca dos hijos; doña María, primera señora de Villafraña, y don Hernando, á quien don Enrique nombra en su testamento. Nos ha parecido oportuno hacer estas indicaciones respecto de doña Beatriz Fernandez, para que no se la confunda con doña Beatriz Ponce de Leon, también amiga de aquel rey.

FERNANDO, nombre derivado del alemán *verdiennen* merecer, nombre que han tenido muchos emperadores de Alemania, reyes de España, de Nápoles, de Sicilia, etc.

1.º ALEMANIA.

FERNANDO I, emperador de Alemania, hermano segundo de Carlos V, nació en Alcalá de Henares (Castilla la Nueva) en 1503, murió en Viena en 1564; fué rey de Bohemia en 1526, después de la muerte de Luis, con cuya hermana había casado; fué elegido rey de los Romanos en 1531, y sucedió como emperador á Carlos V, después de la abdicación de este príncipe, en 1556. El papa Paulo IV se negó á reconocer á Fernando por jefe del imperio, bajo el pretexto que no había intervenido la Santa Sede, ni en su elección, ni en la abdicación de Carlos V. Fernando protestó contra esta pretensión, y desde este tiempo, los emperadores han cesado de pedir la confirmación del papa. El reinado de este príncipe fué pacífico, y sus últimos años los consagró á reconciliar á los protestantes con los católicos.

FERNANDO II, emperador de Alema-

nia, nieto del precedente, nació en 1578, fué coronado rey de Bohemia en 1617 y emperador en 1619, y tuvo por competidor al elector palatino, Federico V, que sublevó contra él á los protestantes, dando origen á la famosa guerra de los treinta años. Habiendo sido batido en Praga (1620) el elector Federico, fué despojado de sus estados; Cristiano IV, rey de Dinamarca, que le sucedió como defensor de los protestantes (1725-29), fué batido en Lutter, 1626, y firmó la paz de Lubeck, 1629; los generales de Fernando fueron á su vez derrotados por Gustavo Adolfo, en Leipsick (1631), y en Lutzen (1632); sin embargo habiendo logrado el emperador rehacerse en Nordlingen (1634), pudo celebrar con algunos de sus enemigos acomodamientos ventajosos. Murió poco después, en 1637. Los generales de este príncipe fueron Maximiliano de Baviera, Tilly y Wallenstein.

FERNANDO III, emperador de Alemania, hijo del precedente, nació en Grotz, en 1608, murió en 1657; fué coronado rey de Bohemia en 1625, de Hungría en 1627, y sucedió á su padre en 1637. Tuvo que combatir á la vez á los Suecos y á los Franceses sus aliados, en la guerra de treinta años, que había empezado su padre; pero encontró adversarios demasiado temibles en los generales de las dos naciones, Bane y el gran Condé, y se vió obligado á firmar en 1648 el tratado de paz de Westfalia, que concedió la libertad de conciencia á Alemania, dejó la Pomerania á la Suecia, y aseguró á la Francia la Alsacia, y los tres obispados de Toul, Metz y Verdun. Su hijo Fernando había sido nombrado en vida de aquel monarca rey de los Romanos, bajo el nombre de Fernando IV; pero este murió en 1654.

2.º ESPAÑA (CASTILLA, LEON, ARAGON, etc.).

FERNANDO I, vigésimosegundo rey de Leon y de Castilla, subió al trono con su mujer doña Sancha, que prometía un reinado feliz, en 1037: llamaronle *el Grande*, y efectivamente nadie mejor que él merecía este sobrenombre. El valor, el celo por la cristiandad y el magnánimo corazón de que estaba dotado esta monarca, unido á la afabilidad y prudencia de su esposa, eran prendas demasiado raras y apreciables para que no se ganara la voluntad de sus súbditos. El primer cuidado de Fernando fué librar á la España del yugo de los Saracenos, como lo verificó cuando quisieron invadir la Galicia, derrotándolos hasta conseguir una victoria completa, apoderándose además de cuantas plazas ocupaban los infieles entre el Tajo y el Duero. En esta época principió á darse á conocer el famoso Rodrigo de Vivar llamado el Cid (véase su artículo). Las conquistas de los Castellanos amedrentaron de tal modo á los Moros de Córdoba, que por último se vieron obligados á pedir al rey de Toledo que invadiese las Castillas. Fernando, que descubrió la intención de los enemigos, les salió al encuentro, los embistió y derrotó, y de aquí nacieron nuevas conquistas. San Esteban de Gormaz y Talamanca, Uceda y Guadajajara, Alcalá de Henares y Madrid cayeron en su poder. Se habría apoderado también de Toledo, si el rey moro, conociendo que no había fuerza que pudiese contener las rápidas conquistas de Fernando, no

hubiese tratado de conjurar la tempestad que tan de cerca le amenazaba; y á este fin solicitó una paz que puso el reino de Toledo bajo feudo del inclito rey don Fernando. Este monarca no tardó en conocer que solo podía contar con la palabra de los Moros, mientras carecían de medios de defensa. Entonces trató de continuar sus conquistas; y lo hubiera verificado si no le hubiera impedido una grave enfermedad de su hermano el rey de Navarra: Fernando pasó á visitarle con sola la escolta que juzgó necesaria para la seguridad del camino; pero don García, que miraba con celos la prosperidad de su hermano, y viendo una ocasión tan oportuna para satisfacer su ambición, trató de apoderarse de su persona y obligarle á un nuevo tratado de división y repartimiento de sus estados; mas el rey de Castilla recibió la noticia á tiempo, y evitó las asechanzas del ingrato don García. Cuando este vió frustradas sus esperanzas, y restablecido ya de su enfermedad, pasó en persona á la corte de Castilla, fingiendo sinceridad; pero Fernando lo conoció y mandó arrestarle en una cárcel de donde se fugó á sus estados, sobornando á sus carceleros. Animado del deseo de la venganza, juntó al punto sus mejores tropas, invadió la Castilla y fué á acamparse á media legua del ejército castellano en un valle al pie de los montes de Oca, entre Burgos y las corrientes del Ebro: ambos ejércitos estaban dispuestos á romper las hostilidades, cuando un piadoso abad trató de reconciliar á los dos hermanos. Fernando cedió á las primeras insinuaciones; pero don García, mas obstinado que nunca, no hizo caso de los esfuerzos de este santo varón, y se determinó á embestir al ejército castellano. Arrojándose, pues, contra las tropas de su adversario, derrotó y arrolló cuanto se le puso por delante, y al descubrir á su hermano entre las filas de los Castellanos, se lanzó sobre él como una fiera para conseguir el bárbaro placer de la venganza, y efectivamente se hubiera vengado, si un caballero navarro no le hubiese atravesado con su lanza. Muerto el rey, perdieron los Navarros la batalla y se pusieron en desordenada fuga. Concluida aquella célebre acción pasó don Fernando á ceñir la corona al hijo de don García. Entretanto los Moros, que miraban estas disensiones como buen agüero para sus conquistas, se habían negado á pagar el tributo á la corona de Castilla y aun trataban de inundar sus campos con numerosas huestes; don Fernando, que era ya de avanzada edad, no se determinaba á emprender nuevamente la guerra que consideraba desastrosa para sus pueblos, á quienes era preciso agobiar con nuevas contribuciones; pero entonces doña Sancha desprendiéndose de todas sus joyas, y empeñando sus rentas, levantó un poderoso ejército, con el que don Fernando olvidó su vejez y venció á los Moros. Asegurada ya la paz en sus estados, se dedicó á la reforma del clero y de las costumbres, mandó construir varios templos y hermoseó sus pueblos; por último, conociendo que se acercaba al término de la vida, trató de repartir sus estados entre sus hijos. El consejo se oponía, pero don Fernando firme en su resolución, señaló á don Sancho, su hijo primogénito, el reino de Castilla, á don Alfonso el de Leon, á don García el de Galicia, nombró á doña Urraca señora sobe-

rana de Zamora, y concedió á doña Elvira el señorío de Toro con la misma soberanía. Esta distribución fué causa de muchas discordias, como se verá en los artículos de los personajes que dejamos citados. Arreglados todos sus negocios, solo trató don Fernando de encomendarse á Dios y aguardar una muerte dichosa. Hizose llevar vestido de las insignias reales al templo donde se hallaban depositadas las reliquias de san Isidoro, y hallándose allí prorumpió en esta tierna y piadosa oración: « Vos, Señor, sois el único á quien pertenece el poder, y vos solo sois á quien toca reinar eternamente: vos sois el Rey de los reyes, y todo está sujeto á vuestro imperio. Aquí os restituyo, Señor, el reino que me habeis encomendado; no quiero otro premio que implorar vuestra clemencia para que me admitais en vuestra gracia. » Se despojó luego de las insignias reales, y vestido de un cilicio volvió á su palacio, donde echado en una humilde cama, cubierta de ceniza, recibió la Estrema-Unction, y acabó sus días con general sentimiento de los Castellanos.

FERNANDO II, rey de Leon, hijo del emperador don Alfonso VII, y de doña Berenguela, hija del conde de Barcelona don Ramon Berenguer, fué nombrado rey de Leon al mismo tiempo que don Sancho III, su hermano, entró á reinar en Castilla. La costumbre que tenían los reyes de aquellos tiempos de distribuir sus estados entre todos los hijos era causa de turbulencias, de las que por desgracia no se vió exento el reinado de don Fernando, si bien este monarca supo disiparlas con su generosidad y su prudencia. Cuando murió don Sancho levantóse una guerra civil en el reino de Castilla entre dos familias poderosas, los Laras y los Castros, que se disputaban la regencia del reino durante la menor edad del rey. Don Fernando, que preveía los efectos de aquellos desórdenes, marchó inmediatamente sobre Castilla, disipó las facciones y se declaró regente de la corona después de haberse apoderado de muchas plazas que gobernó con sabiduría y desinterés; de modo que los habitantes no tuvieron lugar de arrepentirse de la dominación de don Fernando. Luego que don Alfonso VIII, que se había retirado con la familia de los Laras, se consideró apto para el gobierno de sus estados, entró á poseerlos, y don Fernando se retiró á su reino, consagrándose solo á la felicidad de sus súbditos y á engrandecer y asegurar sus estados. Ganó á los Moros muchas plazas, y reedificó otras, entre ellas Ciudad-Rodrigo, llamada así por el caballero Rodrigo Diaz de Vivar. Mientras don Fernando mandaba fortificar esta ciudad para impedir cualquier incursión por parte de los Portugueses, don Alfonso, rey de Portugal, marchó con un gran ejército contra aquella plaza y la sitió; pero habiendo acudido á su socorro el monarca de Leon, logró derrotar al Portugués; quien para reparar este descalabro, juntó nuevas tropas, invadió la Galicia se apoderó de varias plazas y cayó sobre Badajoz. Salió don Fernando al encuentro, y trabándose una encarnizada lucha, quedaron otra vez derrotados los Portugueses y su rey gravemente herido y prisionero. Luego que se restableció, le devolvió don Fernando su libertad, y aunque quiso declararse su feudatario, no lo consintió en manera alguna, contentándose